

daros.» Mandóle en seguida cómo de ese camino enderezase para el Toboso, se presentase á la sin par Dulcinea, é hiciese todo lo demás que él acostumbraba mandar á los que iba venciendo, ó favoreciendo y libertando. Juró el villano cumplir esas órdenes á la letra, montó de prisa, y sin despedirse del menor D. Quijote del mundo, tomó el largo y desapareció por esos trigos. Sancho Panza iba llegándose al cadáver, no sin tiento: «Veamos, dijo, lo que reza este muerto» y fué á tomarle un pie, á fin de darle pasaporte para la sepultura, si de veras había fallecido. «¡El diablo es el muerto!» respondió el difunto con grandísima cólera, y dió una patada que si le coge de lleno al ex gobernador, no hubiera quien le arrendara la ganancia. Llevó éste el mayor susto que en su vida había llevado; y tirándose sobre el rucio desatinadamente, voló tras su amo, quien andaba ya á buena distancia.



## CAPITULO V

DONDE SE VE SI DEVOTOS SE QUEDAN CON LOS AGRAVIOS QUE RECIBEN, Y SE DA CUENTA DE CÓMO D. QUIJOTE EMBISTIÓ Á UNA LEGIÓN QUE ÉL TUVO POR DE MALA RALEA.

Estaba Sancho Panza refiriendo los desmanes de aquel bellaco de difunto, cuando echándose de súbito de un barranco al camino tres hombres con sendos palos, le asentaron á D. Quijote tantos y con tal prisa, que el pobre caballero hubo de venir á tierra. «Vuesa merced se halla hoy en la vía purgativa, le dijo uno de ellos; veamos en cuál se halla su escudero.» De buena gana se hubiera puesto en cobro Sancho; pero el maldito rucio no se quiso mover, más que si fuera de palo. Llegaron los penitentes y le dieron una tanda que no le pedía favor á la que acababa de recibir el malaventurado D. Quijote. «¿Quiere vuesa merced, le dijo á éste el mismo que había hecho fisga de él, entrar en la vía iluminativa? – Alevoso palmero, respondió el hidalgo, de ruines ha sido en todo tiempo el acometer sin reto ni advertencia. Dejad que pueda yo levantarme, y daos por muertos cuantos sois vosotros, ora vengáis á pies, ora vengáis á gatas. – Luego desea vuesa merced entrar en la última vía, repuso el palmero, cuando nos zahiere con tanto primor y delicadeza.» Y dándole otra media docena de palos, tomaron un trocillo de ladrón y se fueron, Dios sabe si á vacar á su romería. «*Qui multum peregrinantur raro sanctificantur*, Sancho, dijo D. Quijo-

te. Yo me tengo la culpa, que no acabé de matar á esos traidores cuando los tuve debajo. Pero no te duela de ello, porque los seguiré hasta el polo, y tomaré tal venganza, que para los días del mundo les quedará maldita la gana de salir á romería en dos ni en cuatro pies. — A bien te salgan, hijo, tus barraganadas, se puso Sancho á responder con harta flema; el toro era muerto, y hacía alcacorras con el capirote por las ventanas. — ¿Es á culpa mía, volvió á decir D. Quijote con asaz de cólera, si esos malandrines caen de improviso, y después de su mala obra se escapan de mi enojo por los pies? Si así como son tres braguillas esos penitentes, fueran trescientos jayanes, yo diera buena cuenta de ellos en menos de treinta minutos. Haz que yo tenga lugar de meter mano á la espada, y como quede un pelo de ellos, di que tu señor no es de los buenos andantes. — El conejo ido, palos en el nido, replicó Sancho con la misma cachaza. — ¿Querrás por si acaso darme á entender, dijo D. Quijote, que he venido á tierra por falta de valor y pericia? Me ves tirado en tierra cuan largo soy, y piensas que puedes darme sogá; en lo cual te yerras de parte á parte. — ¿Luego vuesa merced también, está molido?, preguntó Sancho. — Por lo que alcanzo á comprender, respondió D. Quijote, tengo hechas añicos las paletas; mas en tanto que pueda yo empuñar la espada, eso me da que me desbaraten el cuerpo. ¿No sabes que los caballeros andantes estamos hechos á todo género de hazañas y trabajos, y que el número ni la magnitud de las heridas son pretexto para echarnos á la cama? Venga aquí el sabio Apolidón, y propóngame la aventura del Arco Encantado, ó la de la Cámara Defendida, ó una y otra; y cuando no me sea dable concluillas, podré ser imputado de fortuna escasa, no de falta de intrepidez, puesto que las he acometido. Pero dejando lo uno por lo otro, Sancho, ¿te hallas en capacidad de levantarte y ponerme sobre Rocinante? — Deje vuesa merced, respondió Sancho, que pruebe á moverme; y como tenga yo el uso de los miembros principales, cuente con mi socorro y amparo. La cabeza no está mal: ¡ojiga!, las piernas no se encuentran fraturadas. Ahora, con el favor de

Dios, los brazos los tengo enteros. — Sea en buena hora, Sancho, dijo D. Quijote, y démosle gracias por su misericordia. Respecto de las piernas, te falta alguna cosa; pues no has de decir fraturadas, sino fracturadas; ni es fratura, sino fractura. — En mi casa nunca se ha dicho sino fratura, replicó Sancho. — Costumbre buena ó costumbre mala, el villano quiere que vala, Sancho amigo. Entre palabras y miembros estropeados, yo siempre optaré por la salud de los segundos. — Aparéjese vuesa merced para montar, dijo Sancho, que voy allá tan luego como me pase el calambre que me ha dado en este pie. — ¡Por vida del chápiro verde, respondió el hidalgo, si pudiera yo aparejarme para montar, por el mismo caso montaría sin que me fuese necesaria tu asistencia! — Mucho habla vuesa merced, Sr. D. Quijote, para hallarse tan malo como se figura. Hasta que el cielo acabe de mejorar sus horas, ¿podría vuesa merced decirme cómo unos hombres que están en la última vía de la salvación hacen cosas parecidas á la que han hecho con nosotros? — Si supieras lo que es el alma de un devoto, no preguntarás eso, respondió D. Quijote. Los devotos son los que menos obligados se creen á sufrir una injuria ó á perdonar un agravio por amor de Dios. Por un insulto vuelven cuatro; por un palo, ciento, según lo acabas de ver, y no en cabeza ajena. — Pero yo no les dí ni uno, señor; y así los que he llevado son gatuitos, dijo Sancho. — También los suelen dar, respondió D. Quijote, si no gatuitos, por lo menos gratuitos ó sin motivo.»

Aquí estaban de la disquisición, cuando cayó allí arrebatadamente el hombre á quien D. Quijote había vencido una hora antes; y echándose sobre él sin andarse en razones de ninguna especie, le hubiera quitado la vida ahorcándole entre sus dedos de fierro, si Sancho no arremetiera con el belitre, y de tan buena guisa, que á pocas vueltas le tenía debajo. D. Quijote, que se vió libre, y que en realidad no estaba tan mal ferido como creía, se levantó y dijo: «Á ti, Sancho, te toca é incumbe el vencimiento de este malandrín: ora porque es villano, ora por no defraudarte de la gloria del triunfo, quiero que le venzas y le

mates solo.» Sintiéndose lleno de fuerza y brío Sancho, se alzó en un pronto, cogió la lanza, y le dió tal mano de palos al caído, que le dejó por muerto. Hueco y orgulloso, hizo montar á su amo, ganó su rucio, y tran tran echaron á andar por esos caminos. «Aquí tienes, principió diciendo D. Quijote, una página de tu historia que no hará poco en los anales de la caballería. Sin mucha exageración podemos tener por jayán á ese bellaco: el que vence á un jayán puede vencer á un gigante; el que vence á un gigante puede muy bien cortarle la cabeza: ahora digo, si el escudero Gandalín alcanzó el cetro con haber cortado la cabeza á una giganta, ¿por qué el escudero Sancho Panza no ha de ganar una corona? — No tropiezo, respondió Sancho, sino en que la de Gandalín fué giganta, y el que yo he de matar lo ha puesto vuesa merced gigante: ¿no hará esta diferencia que se me vaya el reino de entre las manos, señor? — No te dé cuidado así como hubieres matado á ese quisque, haremos que importe poco su sexo. — Pues á la mano de Dios, replicó Sancho: venga esa corona, y sepan gatos qué es antruejo. Pero haga también vuesa merced que mis territorios no estén situados muy lejos de mi lugar, por aquello de «aza do escarba el gallo.» — Esa cortapisa, respondió D. Quijote, hará que tu reino no sea tan grande como un pegujalillo. Mira si te está mejor omitir esa condición y allanarte al que él parta límites con el Catay ó con Trapisonda. — Vengo en ello, dijo Sancho; ni habrá embarazo para mi transporte. Sobre que este mi buen asno es mío propio en propiedad, lo que se llama propiedad, alquilo dos ó tres, y que nos busquen en Trapisonda á mí, junto con toda mi familia. Teresa podrá ir á mujeriegas; pero Sanchica, Sr. D. Quijote, como muchacha, ¿le parece que puede ir á horcajadillas? — Al punto que es princesa, respondió D. Quijote, ya puede ir á horcajadillas: á horcajadillas se la llevó D. Gaiferos á Melisendra del castillo donde se la tenía escondida. No vas mal aparejado, Sancho; y tan tuyo viene á ser el asno, que si lo vendieses una vez ó se te muriese dos, todavía sería tuyo por más de un título. Lo que conviene ahora es que busquemos la aventura de donde ha de resultar

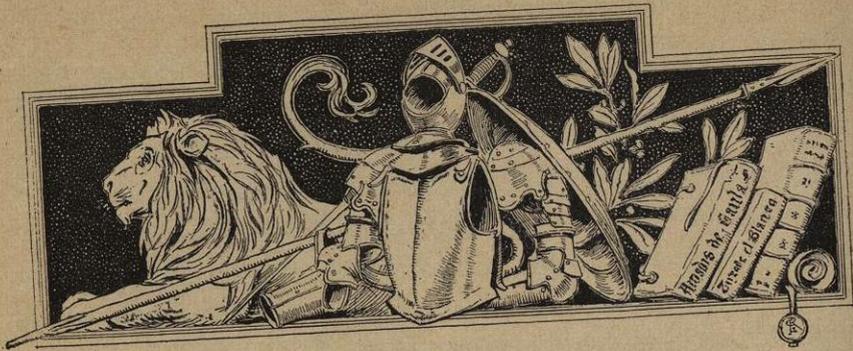
todo eso. Pero ten cuenta con no ir por tu parte á mujeriegas cuando vayas á posesionarte de tu reino; pues si tus vasallos saben su deber, te darán con las puertas en las narices.»

Aventuras, pocas veces le faltaban á D. Quijote, como quien sabía convertir en ellas cualesquiera sucesos, hasta los naturalísimos. Don raro y excelente el de hallar un lance caballeresco en toda circunstancia, un enemigo á quien vencer en cualquier viandante, una princesa enamorada en cada hija de ventero, é ir por todas partes ejerciendo la noble profesión de poner las cosas en su punto. Cuentan de un antiguo que demandó á sus parientes y al médico que le había curado la locura, y les acusó de malhechores. Ese antiguo tuvo razón. Demandamos al que nos trampea, matamos al que nos agravia atrocemente, ¿y no sería sensato arrastrásemos ante los tribunales de justicia al que nos desbarata un mundo entero de felicidad? Cuando loco, ese enfermo era el más feliz de los mortales, pues su desarreglo consistía en estar viendo el mundo cual un teatro iluminado por luz divina, donde se estaban desenvolviendo prodigios increíbles al son de una música lejana y vaga. Si vivimos contentos merced á un engaño, ningún bien nos hacen con sacarnos de él y volvernos á la realidad, madre de sinsabores y dolores. ¡Felices los locos, si no propenden al mal y su locura rueda en una órbita sonora y luminosa! ¡Oh locura!, tú eres como la pobreza, heredad fácil de cultivar, no sujeta á los celos de los amigos, ni expuesta á la envidia y la venganza de ruines y perversos. El demente cuyo desvarío es agradable, es más feliz sin duda que el hombre cuerdo cuyas verdades son su propio tormento y el de sus semejantes. El sabio no resucitaría á un muerto ni curaría á un loco, aun cuando lo pudiese, á menos que no quisiese burlarse de ellos ó hacerles un mal, porque sabe que la locura y la tumba son dos abismos donde caen y se desvanecen todos los dolores del hombre.

Seguía adelante sin dirección conocida el caballero, cuando echó de ver un golpe de gente que se arremolinaba en plácida baraúnda, al compás de tres ó cuatro pífanos y tamboriles. Clé-

rigos á caballo, legos á pie, mujeres con las faldas en cinta, grande y variada muchedumbre. D. Quijote hubiera querido esperar que llegaran; mas al ver que todo ese mundo confuso y revuelto propendía hacia otra parte, picó su caballo y, lanza en ristre, fué á herir en los que encontrase desde luego, y esto sin averiguación ninguna. Llevóse á las primeras dos ó tres monigotes vestidos de musgo, y siguió adelante rompiendo briosamente por la chusma. En el centro venían unos cuantos clérigos cubiertos con papahigos ó mascarillas y unas como sobrepellices de salvaje, cosa que les daba fea y terrible catadura. Suspensos todos, nadie sabía lo que fuera, y así D. Quijote llegó á ellos sin obstáculo y en voz ferviente dijo: «Muertos sois, follones, si no os entregáis maniatados al caballero de cuya espada están pendientes vuestras vidas.» Uno de ellos respondió que se rendían, pues ya el vestiglo de D. Quijote le pinchaba el estómago con la lanza. El clérigo era por ventura más cuerdo que animoso, y reparando en la falta de juicio de su agresor, juzgó necesario contemplarle cuanto fuese posible. «Todo lo que aquí mira vuesa merced, es pura devoción, dijo: detenga el brazo, y no derrame sangre inocente. — ¿Devoción cargar con esta caterva femenina?, replicó D. Quijote; ¿sangre inocente la de malandrines endemoniados como vosotros? — No hay aquí endemoniados ni malandrines, señor caballero: yo soy cura de un pueblo de esta comarca y vicario de estos contornos. Los eclesiásticos presentes son mis coadjutores y mis hermanos de las demás parroquias. Andamos, señor, en la obra pía de levantar la iglesia que hemos derribado porque amenazaba ruina. Ahora vengo del monte con mis feligreses, adonde hemos ido á cortar la madera.» No acababa D. Quijote de dar crédito á estas razones: «Quitaos el papahigo, replicó, y por el rostro saque yo la verdad de las palabras.» Quitóselo sin contradicción el bueno del vicario, y puso de manifiesto la cara bonachona y bienaventurada del cura pacífico que ha vivido largos años cebándose en su parroquia al lado de su prole, en haz y paz de la santa madre Iglesia. Hubo de convencerse el caballero de la verdad del caso; y así, bajó la

lanza, y excusándose á las mil maravillas, pidió se le agregase á la devota caravana. Vino en ello el vicario, mas no en que D. Quijote pusiese el hombro á las andas de la Virgen que allí iba, por cuanto en eso entendían exclusivamente las mujeres. Sancho Panza, temiendo por su amo, se había abierto paso por entre la muchedumbre, y le alcanzó cuando ya andaba todo á las buenas. Consolado de hallarle entero y sano, y alegre sobre modo del acuerdo que reinaba, saludó á los eclesiásticos, dijo quiénes eran él y su señor, y de hecho fué uno, y no el menos principal del acompañamiento.



## CAPITULO VI

DONDE SE DA CUENTA DEL ÁGAPE QUE HONRÓ CON SU PRESENCIA  
D. QUIJOTE DE LA MANCHA

Llegados al pueblo, hizo el vicario una breve plática alabando la piedad de sus feligreses y exhortándolos para que concurriesen todos con el mismo objeto la semana venidera. Dispersóse la gente, fuera de los curas vecinos y más eclesiásticos que tenían ese día mantel largo en casa de su huésped. De apacible genio y nada rencoroso debía de ser el señor vicario, cuando lejos de toda inquina, convidó con suaves razones á su vencedor; si no era que, conociendo su locura, le movía antes la compasión que el deseo de vengarse. Era regular hubiera entre las personas del concurso algunas más ó menos instruídas en materias de caballería, puesto que, echando leña al fuego, le sacaban de juicio al aventurero con una furia de dudas y argumentos. «¿Cree vuesa merced en esas cosas como en artículos de fe?, le preguntó un religioso cuya respetable gordura se le escurría un tanto por la jovialidad de su genio: trabajo le mando de que me nombre algún autor católico que hubiese escrito esas historias como ciertas; ni podría citarme un solo caballero andante, sino de imaginación.

«Lanzarote y D. Tristán,  
Y el rey Artús y Galbán  
Y otros muchos son presentes  
De los que dicen las gentes  
Que á sus aventuras van,»

respondió D. Quijote. Y no se me dirá que Alvar Gómez de Cibdad Real hubiese sido pagano, ni historiador de poca fama. Duden vuestas mercedes de Esferamundi ó del obispo Turpín; pero habrán de dar asenso á testigos como Santa Teresa, quien gustaba de la caballería, en términos que á su parecer eran cortos los días y las noches para saborearse con sus aventuras; y aun sucedió que muy de propósito compusiese un libro, cuyo argumento son las de un caballero famosísimo. — Si nuestra madre Santa Teresa ha escrito jamás ese menguado libro, replicó el fraile, él fué, sin duda, una de las causas de sus inquietudes y pesadumbres posteriores; mas nadie sostendrá que en tales nonadas se hubiese ocupado durante la madurez de su juicio y virtud. — El gran Carlos V. dijo D. Quijote, era lector infatigable de libros andantescos, y pudo renunciar la corona imperial, mas no prescindir de esas historias. — El emperador las había prohibido, arguyó el fraile; si él, por lo que tocaba á él, no hizo caso de su prohibición, lo hemos de atribuir á flaqueza, y como hombre, no le podían faltar. ¿Pero cuáles son los caballeros andantes que realmente han existido y hecho lo que de ellos se cuenta? — ¿Cuáles?, respondió D. Quijote; el Caballero de la Fortuna, el del Ave Fénix, el del Unicornio; D. Amadís de Gaula, D. Amadís de Grecia; Tirante el Blanco, Tablante de Pricamonte, Félix Marte de Hircania; D. Cirongilio de Tracia, D. Siloís de la Selva, D. Briances de Boecia; Reinaldo de Montalbán, Esplandián, Galaor, el príncipe Rosicler, y toda esa gloriosa falange que por sus altos hechos vive en la memoria de las gentes. — Si vuesa merced da por inconcuso cuanto de esos fantásticos personajes se refiere, dijo uno de los coadjutores, habrá de convenir asimismo en la existencia de los mágicos, nigromantes y adivinos, los gigantes y las gigantas, los jayanes y las jayanas de que están rebosando esos libros del demonio. — ¿Quién duda de todo eso?, respondió D. Quijote. ¿Qué fué Merlín sino un sabio encantador? ¿Qué Artemidoro sino un famoso adivino? ¿Qué Morgaina sino una incomparable mágica? — ¡Dios nos asista!, exclamó el fraile. ¿Ahora va á probarnos vuesa merced que has-

ta las mujeres se han metido en esas herejías? — Ni lo podían por menos, respondió D. Quijote; Morgaina, Urganda la desconocida, Hipermea, la dueña Fondovalle, Alcina, Melisa, Logistila. ¿Piensa vuesa paternidad que Onoloria, la sin par Oriana, Polinarda, Florisbella, la linda Magalona, la princesa Cupidea, la reina Ginebra y otras muchas no han existido real y verdaderamente? ¿Pues á quiénes amaron, por quiénes vivieron muriendo esos que se llamaron Lismarte de Grecia, Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra, Esplandián, el valiente Pierres? — Luego el fin de esa profesión no es tan católico, replicó el fraile en tono recalcado y zahiriente. — Su fin es el desagravio de las doncellas ofendidas, dijo D. Quijote, el socorro de las viudas angustiadas, la humillación de los soberbios; su fin es acudir al menesteroso, levantar al caído, valer al indefenso. Si todo esto no es católico, ponga vuesa merced ahora mismo en entredicho el reino de la caballería, y príveles del agua y del fuego á sus campeones. — Al contrario, señor caballero, si las aventuras son de las romanas, digo, de las apostólicas, no es imposible que yo abrace la carrera de las armas, en pudiendo haber frailes andantes. — No sé, repuso D. Quijote; no me acuerdo haberlos hallado en mis viajes ni en mis libros. — Ya le quisiera yo ver á fray Pancracio encambronado á lo barón de la Edad media, dijo un vejarro que comía á la esquina de la mesa; si bien me temo que no hubiera peto ni ventrera para su persona. ¿Propónese llevar el coselete con todas sus piezas? Coraza, espaldar y brazales; escarcela y greba; capellina y yelmo con su respectiva visera; *aindamáis* la manopla de hierro: fuera en verdad cosa de ver. — Y muy de ver, hermano Paco, respondió el flexible y avenidero religioso. Pero ya el señor don Quijote me ha desviado de mi resolución: si no hay frailes andantes, me debo estar humildemente en mi abadía. — Si ya no quisiere vuesa merced, dijo D. Quijote, venirse conmigo á título de capellán, con cargo de ir absolviendo á los que yo fuere derribando. Pero ni esto se me acuerda haber visto en las historias; y lo mejor será siga adelante cada cual en su manera de vida y profesión. — ¿Luego vuesa merced no aprueba el modo de pro-

ceder de Carlos V, que deja á un lado el cetro del mundo, y se humilla y evangeliza hasta el extremo de pasar á un monasterio á llamarse fray Carlos simplemente? — Si yo ganare un imperio, será para regirlo, dijo D. Quijote; y no por medio de privado ni valido, sino en persona. — ¿Se siente vuesa merced, señor don Quijote, con el numen y el tacto que se han menester para el mando de un gran pueblo? Cosa delicada es, señor: muchos reinan, pocos saben gobernar. El que se halla al frente de un imperio ha de saber gobernar; y en sabiéndolo, no ha menester palaciegos favorecidos que le desacrediten por una parte y le defrauden de su gloria por otra. La sabiduría en ninguna parte es más útil á los hombres que en el trono; y el cetro, ó el poder, en ninguna mano está mejor que en la del sabio.